



Educar contra la humillación¹

Pablo Gentili²

¹ Publicado en CUADERNOS DE PEDAGOGÍA, marzo de 2007, Barcelona, Grupo Praxis Editorial.

² Investigador del Laboratorio de Políticas Públicas (LPP) de la Universidad del Estado de Río de Janeiro, donde coordina el Observatorio Latinoamericano de Políticas Educativas: www.olped.net

Para el visitante inesperado, aquella era una mañana como todas. Desde temprano, el calor arrasador convertía las calles en un pequeño infierno quebradizo y polvoriento. Sin embargo, detalles casi imperceptibles anunciaban un acontecimiento poco común, quizás inédito, en esa olvidada ciudad del interior pernambucano, en el nordeste brasileiro. Detalles que, sin ocultar la profunda miseria e injusticia social incrustadas en el rostro de la gente del lugar, proclamaban la inminencia de una fiesta silenciosa. Mientras me derretía caminando hacia la escuela donde estaba previsto el esperado acto, le comenté a la Secretaria de Educación de la ciudad que el cielo gris podía estar prometiéndonos una lluvia redentora. Aquí, dijo ella, nunca llueve en esta época. Como usted sabe, el agua en el "sertão nordestino"³ es propiedad de los ricos. Dios, continuó ella, les da a los pobres las lágrimas para que siembren sus esperanzas; el Estado, les da a los ricos el riego artificial, para que arranquen riquezas de este suelo duro y amarrete. El carmín de sus labios brillaba, vistiendo su risa blanca de dignidad y de amargura. Pero hoy es día de festejo, de alegría y de agradecimiento, concluyó lacónica, se nos acaba parte de una sequía injusta, aunque no la que es responsabilidad de la lluvia.

En algunos minutos, comenzaría en una de las tres escuelas de la pequeña ciudad, la entrega de diplomas de un curso de educación popular que, con el apoyo del gobierno nacional y municipal, había alfabetizado casi a un centenar de adultos, hombres y mujeres, todos ellos curtidos por el sacrificio, la ilusión interminable y una voluntad liberadora. El salón de actos estaba adornado con dos enormes banderas descoloridas y con una larga mesa cubierta con un paño rojo sobre el que reposaban dos grandes cajas de cartón. En una de ellas, sobresalían los codiciados diplomas, enrollados y amarrados con una cintita con los colores del Brasil. En la otra, misteriosa, había un conjunto de sobres blancos intrigantemente apilados, al menos para el visitante inesperado. Pregunté qué eran

esos sobres, cuál era su contenido. Radiante, la Secretaria me respondió que eran las cédulas de identidad de los adultos que habían participado del curso de alfabetización, quienes, además de su diploma, iban a recibir su nuevo documento, ahora, firmado por ellos.

El acto fue, como no podría ser de otra manera, un homenaje a la dignidad. Uno a uno, una a una, ex alumnos y alumnas se dirigían hacia la mesa y, mientras lo hacían, sus pasos arrancaban risas y lágrimas, lágrimas y risas, y muchos aplausos, especialmente cuando recibían, además del diploma, el sobre con la nueva cédula de identidad.

Al terminar la ceremonia, me sentía insignificante. Intentaba conversar con quienes se acercaban a mí, pero no sabía qué decir. Buscaba palabras que aludieran a cosas relevantes, pero sólo pensaba, amparado en un discreto y estúpido pudor, en contener mi emoción. Inesperadamente, una mujer se acercó a nuestro grupo y se presentó. "Me llamo Felicidad -dijo- tengo setenta y cinco años y hoy mi nombre tiene sentido". Con una sucesión de monosílabos incoherentes, yo trataba de deshacer el nudo que amarraba mi garganta a mi corazón. "Hoy -prosiguió ella- es el día más feliz de mi vida. Tengo mi diploma y una cédula de identidad que yo misma he firmado. Uds. -continuó Doña Felicidad- no saben cómo se siente una persona cuando tiene su cédula de identidad firmada con el pulgar. No pueden imaginárselo". Mis piernas temblaron, mientras seguía tratando de articular algún comentario inútilmente apropiado. Masticando mi estúpida neutralidad académica, pregunté: "¿cómo se sentía Ud., Felicidad, cuando tenía su cédula firmada con el pulgar?". Ella me miró fijamente a los ojos y respondió sin dudar un instante: "humillada, me sentía humillada".

Durante los días que siguieron a esa emocionante experiencia en el interior pernambucano, las palabras de Doña Felicidad

3 Región del interior brasileiro, situada en el nordeste, distante de la costa y caracterizada por su persistente sequía.

retumbaban de forma insistente en mi recuerdo. Ella había conseguido sintetizar de manera extraordinaria el sentido radical y transformador de la educación democrática, el desafío emancipatorio de todo proceso educativo. Lo más curioso, pensaba yo, es que Doña Felicidad había aprendido, en una vida repleta de injusticias y negaciones, aquello que, siendo obvio, comúnmente olvidamos.

El valor de la educación

No resulta difícil convencer a alguien sobre la importancia de la educación en las sociedades contemporáneas. En el Norte y en el Sur, en la izquierda y en la derecha, florecen las más atractivas promesas acerca de las bondades de los procesos educativos y de los beneficios que ellos otorgan en nuestras sociedades, donde el desarrollo depende de forma directa de los avances en el campo del conocimiento. Quizás, erróneamente, podríamos pensar que los muy divulgados méritos que la educación posee para conducirnos por el camino de la prosperidad, se aproximan, al menos tangencialmente, al sentido de la historia narrada en el apartado anterior. La cuestión parece, sin embargo, un poco más compleja.

De manera general, el actual torrente de discursos apologéticos sobre la importancia de la educación para el desarrollo de nuestras sociedades, suelen enfatizar las virtudes que los procesos educativos (dentro y fuera de la escuela) poseen para la generación de riquezas, la promoción de la productividad económica, el dinamismo de los mercados, la competitividad y, consecuentemente, el bienestar general. Se afirma así, que la educación es una herramienta fundamental en la construcción de las oportunidades de prosperidad de las naciones, explicando los grados de desarrollo alcanzados por ciertos países, grupos o comunidades. Como un espejo invertido, se afirma que algunas naciones suelen pagar muy caro desconocer el valor económico de la educación y

las ventajas competitivas que la misma genera. Las comparaciones, a efectos demostrativos, suelen utilizarse, en estos casos, de forma exuberante. De tal forma, por ejemplo, se explica el rutilante desarrollo económico de algunos países europeos (recientemente, Irlanda) o asiáticos (tal es el caso de Corea), como resultado directo de la importancia que sus gobiernos, familias y empresas han atribuido a la educación y a la capacitación de las nuevas generaciones. En el otro extremo, con la misma exaltación pedagógica y el mismo simplismo conceptual, se suele explicar la pobreza de los países africanos y latinoamericanos como el resultado inexorable de la escasa relevancia y la baja inversión que sus gobiernos realizan en el campo educativo. Asimismo, es muy frecuente escuchar, tanto en los ámbitos académicos, como en los periodísticos y, especialmente, en las esferas gubernamentales, que el desempleo, la inestabilidad del mercado de trabajo y la falta de competitividad de las economías, tiene como origen el profundo déficit de formación y capacitación de la población, así como un supuesto desajuste entre el tipo de educación que ofrece el sistema escolar y el que demanda la nueva "sociedad del conocimiento".

Desde este punto de vista, bastante convencional y popularizado, la educación redime porque ella nos aproxima al origen de la felicidad humana: el dinero y las ventajas competitivas necesarias para sobrevivir en mercados cada vez más exigentes y, por definición, egoístas.

No pretendo detenerme aquí en un inventario de evidencias que ponen bajo sospecha el aparente valor económico de la educación y la nada trivial inversión de pruebas que supone poner a la acción educativa como la causa lineal del desarrollo de los mercados, especialmente, del ansiado dinamismo del mercado de trabajo. Sin lugar a dudas, las relaciones entre el crecimiento económico y la educación son mucho más complejas y sus mediaciones mucho más difusas

que las que suelen proponernos las apologéticas profecías sobre las virtudes del acto de educar. Trataré de presentar esquemáticamente algunos presupuestos que subyacen en esta concepción, los cuales, desde mi punto de vista, se alejan diametralmente de la poderosa y enfática tesis democrática que sustenta la afirmación de Doña Felicidad.

Sostener que la educación posee valor porque ella contribuye a crearlo en el campo de las relaciones económicas, presupone algunas aparentes paradojas. Para entenderlas, es necesario detenernos muy brevemente en algunas de las dinámicas que caracterizan el actual desarrollo de nuestras economías. En las sociedades del sistema-mundo capitalista, la acumulación de riquezas no constituye un proceso linealmente asociado a su distribución. Acumular y distribuir son dinámicas diferentes entre sí, y, como casi siempre ha sido en la historia del capitalismo, sus resultados no están linealmente asociados. En efecto, resulta evidente que hoy, más que nunca, se han vuelto más complejos los procesos y los medios de producción y acumulación de riquezas. Sin embargo, hoy, más que nunca, esas riquezas se acumulan y concentran en poquísimas manos. Un estudio reciente del World Institute for Development Economics Research, vinculado a las Naciones Unidas, muestra que sólo el 1% de los adultos del planeta es dueño del 40% de la riqueza mundial y el 10% propietario del 85% de la misma. Por su parte, la mitad de los seres humanos es apenas propietaria del 1% de las riquezas acumuladas a nivel planetario. Así las cosas, en un mundo altamente concentrado, para acceder a ciertos niveles de bienestar es necesario alcanzar los niveles más elevados de producción y generación de riqueza, que abren las puertas a los niveles más elevados de consumo. Si la tesis de que el desarrollo económico depende del desarrollo educativo fuera cierta, deberíamos aspirar a popularizar un bien (la educación) que produce otro



EDICIONES MORATA, S. L.
Mejía Lequerica, 12
Teléf. 91 448 09 26
28004 MADRID
morata.es - www.edmorata.es

ÚLTIMAS NOVEDADES 2008



J. Gimeno Sacristán (Comp.)
Educar por competencias, ¿qué hay de nuevo?
236 págs.
P.V.P.: 20,70 euros
17 x 24 cms.



Andy Hargreaves Dean Fink
El liderazgo sostenible
240 págs.
P.V.P.: 21,80 euros
17 x 24 cms.



Colin Lankshear Michele Knobel
Nuevos alfabetismos
272 págs.
P.V.P.: 22,90 euros
17 x 24 cms.



Len Barton (Comp.)
Superar las barreras de la discapacidad
412 págs.
P.V.P.: 25,50 euros
17 x 24 cms.



J. Gimeno Sacristán
El valor del tiempo en educación
180 págs.
P.V.P.: 18,60 euros
17 x 24 cms.



César Coll Carles Monereo (Eds.)
Psicología de la educación virtual
412 págs.
P.V.P.: 25,50 euros
17 x 24 cms.

bien abundante, pero altamente concentrado y de difícil acceso para la gran mayoría de la población (la riqueza). En otras palabras, y metafóricamente, deberíamos distribuir millones de llaves para abrir el cofre de la fortuna, reconociendo que no todas tendrán la combinación correcta, no todos los portadores de llaves conocerán el camino adecuado para llegar al cofre y otros, menos afortunados, aunque posean la llave, siquiera sabrán cómo usarla. Evidentemente, quienes no posean llave, aunque conozcan el camino al cofre de la fortuna y sepan cómo se utiliza el instrumento para abrirlo, tendrán aun menos oportunidades que los anteriores para ser felices. Si la educación es la clave para el bienestar y el bienestar es un bien de distribución limitada, la educación es la clave para el acceso a un recurso cuya exigüidad nos permite reconocer que no todos los que tengan educación podrán aspirar a gozar de los beneficios que genera el bienestar económico.

En suma, el énfasis en las virtudes económicas de la educación no descarta el inevitable reconocimiento de que la democratización del acceso a las instituciones escolares y la multiplicación de las oportunidades educativas, lo que hace es ampliar las ventajas de los portadores de educación en la disputa por los pocos espacios de bienestar y riqueza que el "desarrollo" económico ofrece. "Más educación para todos" significa así, más educación para competir mejor por los "nichos" (vaya concepto apropiado en su densidad necrológica) que el mercado reserva a los elegidos.

Las dinámicas que caracterizan el desarrollo de los mercados de trabajo ponen aun más en evidencia que el valor económico de la educación, en las actuales condiciones del desarrollo mundial, no constituye otra cosa que la disponibilidad de un bien cuyo retorno o rentabilidad queda reservado a un conjunto de factores inherentemente discriminatorios y excluyentes. Esto es, nada democráticos y universalistas. Hay que capacitarse

dentro y fuera de la escuela para competir, se nos dice con insistencia religiosa. Sin embargo, como esa competencia se realiza en la arena movедida de un mercado que cambia, fluye, se transforma y volatiliza de forma inesperada e imprevisible, de lo que se trata es de capacitar para el ejercicio de una acción que, inevitablemente, tendrá los efectos esperados en algunos pocos y llevará a la frustración a muchos otros. Educar para el empleo, en las actuales condiciones de desarrollo de nuestras economías, supone capacitar a muchos para el ejercicio cotidiano del desempleo.

Buena parte de los discursos que actualmente destacan el "valor" de la educación sucumben a los argumentos de un economicismo lineal, cuyas consecuencias sociales de injusticia e inequidad se ocultan bajo argumentos tecnocráticos o fábulas meritocráticas destinadas a explicar lo inexplicable: ¿por qué es justo que algunos siempre triunfen y otros siempre pierdan? Aceptar que el sentido que la educación aporta a nuestras vidas se acapara en la virtud que la misma posee para potenciar nuestra competitividad en el mercado, supone, inevitablemente, aceptar que, dada la dinámica excluyente y segmentadora de todo mercado, la democratización del acceso a la educación es compatible y funcional con una sociedad estructuralmente desigual, de ganadores y perdedores, de integrados y excluidos, de elegidos y desterrados. El valor de la educación reside, en esta concepción, en su contravalor democrático y universalista. Su eficacia política se esconde en la trampa de un proceso de distribución injusto, destinado a generar una selección restringida de los "mejores" y el implacable descarte de los "peores". El "valor" pobre de una educación destinada a pensar el mundo de los ricos y a encontrar metáforas balsámicas para explicar el doloroso mundo de los excluidos y marginados de los beneficios del bienestar. Curiosa paradoja, la de una educación que se valoriza en un mundo donde cotidianamente las personas son desvalorizadas por un mercado que se amplía y diversifica cuanto más discrimina.

La educación como valor

Contrarrestar la potencia argumentativa del economicismo pedagógico puede no ser fácil, pero es absolutamente necesario si pretendemos contribuir a la construcción de un mundo menos injusto y desigual. De tal forma, resulta imprescindible reconocer que, cuestionar el supuesto “valor” económico de la educación no significa “desvalorizar” o subalternizar la importancia que los procesos educativos tienen en la vida de las personas, sino, por el contrario, darles a ellos otro estatus, otra dimensión, otro sentido, otra dignidad. Supone escapar de los estrechos horizontes que nos impone el discurso del “valor de la educación”, construyendo el sedimento democrático de un territorio sinuoso, no siempre estable, apegado a la duda y desconfiado de las certezas inexorables (como las que nos aporta el mercado), un espacio compartido, común, social, o sea, de todos, de todas. Se trata, en suma, de instituir una esfera de discursos y prácticas, de sentidos y acciones, basados en el principio democrático de que la educación es un valor humano y que, en tal sentido, nos aporta algunos de los soportes, de los insumos, de las condiciones básicas para la construcción de nuestra propia humanidad. Así, la educación “vale” no porque ella nos ofrece los atributos que nos tornan desiguales (o sea, competitivos) en el mercado, sino porque ella nos ayuda a construir juntos, aquello que nos iguala, que nos une de forma entrañable, que nos humaniza: nuestra dignidad y el derecho inalienable que tenemos a

no ser humillados por la injusticia, la pobreza, la exclusión y la negación de oportunidades.

Esto es, creo yo, lo que Doña Felicidad trató de decirnos aquella mañana milagrosa: educar es luchar contra la humillación que produce la negación del derecho a la dignidad. La educación es una práctica de libertad cuando nos ayuda a construir los sentidos sobre los que se estructura una sociedad justa. La razón de ser de la educación, en una sociedad radicalmente democrática, reside en su capacidad para generar barreras cognitivas y axiológicas, saberes y valores, sensibilidades y prácticas que operan como defensas individuales y colectivas contra la humillación que produce la violación de los derechos humanos: la exclusión, el racismo, la segregación étnica, la discriminación sexual y de género, el sexismo, la intolerancia religiosa, la prepotencia cultural y lingüística, la negación de las identidades, el colonialismo, la privatización generalizada, la desintegración del espacio público y la mercantilización sistemática de la vida humana.

Aquella noche, mientras regresaba a Recife, los ojos brillantes de Doña Felicidad iluminaban el camino y acariciaban mi insignificancia. En el coche, mientras el cielo del sertão jugaba a las escondidas, me dormí pensando que la esperanza y la educación se construyen siempre de la misma materia, se edifican juntas en los mismos horizontes. Como aquella hermosa mujer de setenta y cinco años, curtida por el sol y la dignidad, sentí que la alegría me desbordaba.

Referencias

- Bauman, Z. *Vida líquida*. Paidós, Barcelona, 2006.
- Gentili, P. & C. Alentar. *Educar na esperança em tempos de desencanto*. Vozes, Petrópolis, 2001.
- Margalit, A. *La sociedad decente*. Paidós, Barcelona, 1997.
- Davies, J.; Sandstrom, S.; Shorrocks, A. & Wolff, E. *The World Distribution of Household Wealth*. World Institute for Development Economics Research / United Nations University, New York, 2006.